

A medida que se acerca la fecha del Campeonato Mundial de Fútbol a efectuarse en Argentina, el ombligo del mundo al decir bonaerense, aumentan los febriles trajines. Quizás los más tranquilos sean los jugadores que están en su función. Pero los fanáticos, el público, el hombre de la calle y el que participará como espectador, sufren días de impaciencia. Las otras preocupaciones van perdiendo importancia. Cuando llegue la fecha, los días álgidos, hasta podría desencadenarse una guerra atómica, sin que por ello se suspendiera algún encuentro.

En estos momentos, miles de personas, en distintos lugares, están ansiosos de contar con medios y locaciones para estar presentes físicamente en el evento. Son numerosos los que en el propio territorio argentino y países vecinos, tirarán la casa por la ventana, se endeudarán, firmarán pilas de pagarés para correr a los estadios o bien, para comprar una radio o un televisor de cualquier tamaño, aunque lo sea del de un ojo, para asegurar la visión en vivo. Las grandes y pequeñas empresas no perderán esta oportunidad de vender aparatos. Después, será común oír la frase: "Lo compré para el Mundial..."

LOS más, los sin recursos, ya deben tener ubicado un lugar en casa de amigos o de conocidos, donde ir a gorrear las bases del fútbol y comentar las alternativas del torneo.

Nunca como en estas fechas la gente está más llana a abandonar su mutismo, a echarse las penas a la espalda a olvidar reacciones y diferencias y a hacerse más sociable. No importa quién sea la persona que llegue junto a la pantalla o se siente en el lugar vecino siempre que sea un conocedor, que participe en comentarios y en especial que no interrumpa al dueño de la casa y le soporte estoicamente sus explosiones de gritos y entusiasmos. En cada gol, vibrará la alegría o el pesar, con la mente y el cuerpo exaltados.

Esta manifestación colectiva que es el fútbol, que afiebra y lleva a estados paranoicos, semeja una enfermedad de síntomas benignos cuando no se llega al fanatismo. Es posible que esto se encuentre debidamente estudiado, evaluado y se le considere una válvula de escape a males mayores. Parece indudable que ayuda a evadir las tensiones, a marginarse de los problemas reales y a sobreponerse a las inquietudes político-sociales. De hecho constituye aliente para soportar miserias, humillaciones, atropellos. Es como emborracharse o encumbrar una buena cruda. No importa el aterrizaje, pues siempre quedarán los comentarios, el recuerdo de los gratos momentos para seguir hablando.

En los países donde se perfilan los más duros encuentros, los triunfos espectaculares, los goles que harán nuevos Pelé, las técnicas que marcarán nuevos derroteros, las selecciones ganadoras, el campeón. ¿Que la matanza de Kotwesi? Bueno, terrible sin duda, pero ya se sabrá cómo fue. Acaso esos hombres se mataron entre sí o se suicidaron. ¿Quién sabe! ¿Que en Chile inician otra huelga de hambre por los desaparecidos? ¿Por favor! No, en estos momentos. No podemos solidarizar. Esperemos que pase el Mundial.

Y qué decir en Buenos Aires. Ya están olvidando los apremios, el desfile de muertos y descuartizados, los que nunca volverán. Si en esta ocasión Videla autorizara un aguinaldo que sufragara la entrada al Mundial, seguramente se convertiría en un buen hombre, ¡cuán humano sería! y tendría asegurada una legítima elección por mayoría abrumadora.

Sin embargo, el dictador es más hábil que eso. No eludió su obligación de obtener la sede y esperó.

Es que en Argentina, la gente desea el Mundial. Por eso, hasta los grupos guerrilleros del exterior, juntando las manitas han prometido portarse bien, concertar una tregua e, inclusive, buscar seguridades para viajar a ver los partidos. En ello se encierra la nostalgia de recuperar Belgrano, la calle Corrientes, el Obelisco, el puerto. Para justificarse aseguran que "será una oportunidad para que los extranjeros vean la miseria y los abusos en que los militares han sumido a la nación".

EN el mismo tono, el general dictador manifiesta: "Así verán los turistas lo bien que está todo, lo bonita que se ve Buenos Aires, los muertos reposando tranquilamente donde corresponde, lo grande que soy yo mismo. Comprobarán por sus propios

CUANDO ganaba este equipo, el luneta era eufórico permanente. Todos se burlaban exaltado en la tarde deportiva vispera en que habían bebido y celebrado los triunfos. El lunes emergían algunos ánimos de bajar, gritando, comentando, leyendo los periódicos y suplementos, en una vertiginosa expansión de ocio. Verdaderamente podía contar con ellos. Vivían su vida con intensidad y olvido. Entre tanto debía atender el trabajo de los ausentes.

En una época nombraron director presidente del Colo-Colo. Se sucedió, pues, un período peculiar. Las entradas se conseguían gratis y todo el que concurría en masa a los estadios, podía aprovechar de esa racha, lo especialmente en la tarde de los miércoles en que se podía eludir el trabajo. Entre los que debíamos quedarnos, recibíamos el doble de la carga de obligaciones.

Sólo había un respiro: si perdía el Colo. Cuando eso sucedía, los fanáticos salían temprano al día siguiente, serios, bizcajos, sobrios, esforzados. Estaban tontos. Caba, entonces, la pregunta con dejo de venganza: "¿Y qué pasó la respuesta venía evasiva, con justificaciones: "Es que el tiempo, la cancha, el jugador, el infeliz ése del árbitro".

Era mejor que lo demás. Recuerdo una noche de Montevideo con un grupo de uruguayos que estaban sin cesar de Obdulio. Yo no que aquel Obdulio había sido un gran jugador.

—¿Quién es Obdulio? —pregunté.
—¿CHE... pero no puede ser! —me dijeron espantados—. ¿Es que no conoces a Obdulio?
—No —confesé.
Todos me miraban asqueados. Pregunté:

frenesí futbolero

por Aníbal Quijada

ojos, las falsedades que se tejen en el exterior".

Si, la euforia del estadio dará otra imagen y los turistas podrán pasear tranquilos, visitar tanguerías cautando en la Boca, comiendo pastas y bifés de chorizo a prueba de dietas.

Por primera vez un Mundial tendrá este y cinismo. En Chile, años de los modernos estadios campos de concentración, en Argentina

tado ajena a estas inquietudes por algún equipo, como, me habría evitado las demás otras obsesiones y un día por esos fanatismos, quise a comprender el juego me volví un antifutbolero, enía mis motivos para ello en el trabajo.

del populoso sector donde la de público que se debía nada no bajaba de cuatro.

El personal era bastante fijo en horarios ni habían varios fanáticos del equipo de un equipo llamado "es Colo-Colo", era el grimalde de gargantas. Y las voces: "Colo-Colo es Chile". "¿Y quién es Chile?"

—¿Es acaso un padre de la Patria? alguno de los 33?

—¡Pero... qué bárbaro! —exclamaron ellos.

Alguien me sacó del apuro con un "Mirá —me dijo—. ¿no has visto el escudo de Uruguay la leyenda que "República O. del Uruguay". Eso quiere decir República Obdulio del Uruguay.

Estoy seguro que no me la perdí. Quizás hoy, tiempo en que naufragan acciones y principios, en que los revolucionarios deben consumirse en postergaciones transacciones o juegos de dinero, sería útil buscar solución a los problemas sociales y políticos, cuando la vida cívica al igual que el partido de fútbol, con dos equipos, de derecha y otro de izquierda, de gobierno y oposición, con delanteras formadas por fuerzas armadas y servicios de inteligencia y un árbitro sordido encargado de la decisión y la tortura. La pelota centraría las motivaciones de acción: políticas, económicas, financieras, agitación social, plebs desfalecos etcétera.

Claro que, recordándolo bien, eso y ocurriendo de esa manera.

Videla y Pinochet son adecuados nombres de delanteras violentas y mal jugadas, con un árbitro corrupto que distancia, vigila porque estén preservados "valores occidentales y cristianos", e quiere precio.